

Cuentos, Mitos y Leyendas de Jacantaya

Autor: Oscar león Condori Apaza



JACANTAYA (en aimara significa vivirás) es una parcialidad que está ubicada en la zona lago del distrito y provincia de Moho del departamento de Puno Perú, está a orillas del lago sagrado de los Incas el Titicaca. Es un pueblo que conserva sus costumbres y tradiciones a través de la historia, con sus mitos y leyendas narrados por mi abuela Valentina que ha vivido más de 100 años entre los siglos XIX y XX.

Los cuentos que presento, los he traducido al Español en el contexto del PCR (Proyecto Curricular Regional) Puno.

EL MITO DE LA LLUVIA

En los tiempos de sequía, los nativos aimaras del valle de Jacantaya sufrieron penurias, la tierra no producía, los ríos y manantiales estaban secos, los habitantes del lugar empezaron a lotear los cerros por las raíces



de algunos pastos y plantas silvestres comestibles; en las orillas del lago eran codiciados la raíz tierna de la totora, el llachu y otras plantas acuáticas. Los roedores, lagartijas, y los peces del lago constituyeron el alimento básico de sobrevivencia.

Los mallcus (autoridades) y los yatiris (sabios) se juntaron para hacer el pago a la tierra, invocaron a la tierra, al cielo y a los dioses para que cese el castigo, mientras que los niños y las mujeres subieron a los cerros que rodean a Jacantaya; especialmente a Tanpuchaca, Queñalati, Paruparu, Chunchupajta, y a los cerros de Lequesani, Talajira y Pojena, para llorar gritando ihay vakaaale! (estoy llorando), que mal te hemos hecho, perdónanos y haz caer agua del cielo.

Lloraron con desesperación y mucha fe, hasta que los cielos se abrieron y aparecieron las nubes y las primeras gotas de lluvia, Los niños seguían llorando y la lluvia seguía aumentando más y más. Llovió intensamente por varias semanas, se formaron los ríos y los barrancos de llachisa, cairani, patapata, jalsu cuyo y las cochas de Huayrapampa y Jihuañcucho.

Desde entonces se recomienda no hacer llorar a los niños huérfanos y menesterosos por temor a la lluvia y los castigos con inundaciones y huaycos. A las madres jóvenes se les recuerda no hacer llorar a sus bebés en las pampas, en las punas y lugares elevados al pastorear o labrar la tierra, porque existe la creencia de que el llanto de los niños atrae la lluvia.

La mariposa Rafael



En la zona lago de Jacantaya, los hombres vivían en armonía con la naturaleza, hasta que la tierra dejó de producir, el lago Titicaca empezó a secarse, los hombres empezaron a migrar hacia la selva y otros lugares para conseguir el sustento para sus familias.

En esa época de hambruna y sequía, había un joven que se marchó muy lejos de su casa dejando a su mujer y sus pequeños hijos. La mujer al verse desamparada empezó a hilar y tejer por las noches a la luz de un mechero con sebo de llama, y todas las noches venía una mariposa pequeña que revoloteaba alrededor del mechero tratando de apagarlo, la mujer se divertía tratando de alejarla y le decía a sus hijos que este se burlaba y jugaba con ella.

Se acostumbraron con la mariposita de color manteca y le pusieron el sobrenombre de Rafael. Pasaron los años, hasta que un día retornó el Joven a su casa y al no encontrar a su esposa preguntó a sus hijos a donde se ha ido su madre y qué hacía todos los días en la casa. Los niños en su inocencia respondieron que siempre les deja en la casa y que todas las noches juega con el Rafael hasta el cansancio.

Lleno de ira por la traición de su mujer, lo busca y lo asesina sin compasión. Después de haber sepultado el cadáver de su mujer, al llegar la oscuridad, prendieron el mechero y la mariposita apareció con su acostumbrada visita nocturna, el menor de sus hijitos le dijo papito ahí está el Rafael, ha venido a jugar con mi mamá. Entonces, recién se dio cuenta de lo que había hecho.

Por eso los abuelos recomiendan que a los niños y niñas se tenga que enseñarles bien y preguntarles dos o tres veces, para evitar equivocaciones en la convivencia cotidiana dentro de la familia y la comunidad.

El kharisiri y los perros



En una cabaña de Jacantaya vivía una mujer solitaria con sus dos enormes perros que tenían el nombre de Tomai Kharisa y Huaihuai Kharisa, nadie se le acercaba por temor al ataque de sus perros que acostumbraban alejar a los intrusos hasta quitarles la vida.

Cierta noche, cuando el cielo y la tierra se encuentran para producir la oscuridad total se presentó el Kharisiri (hombre misterioso degollador que saca el sebo de las personas), los perros se habían alejado del lugar y la mujer estaba indefensa, y al verse sola a merced del endemoniado personaje le dijo: ya sé que voy a morir, pero antes quisiera despedirme de esta vida bailando y cantando una canción de mi pueblo.

El kharisiri al verla tan hermosa no la hizo dormir como lo hacía con sus víctimas, aceptó la petición como el último deseo para degollarla. Entonces la mujer empezó a bailar cantando a gritos: ¡Huaihuai Kharisa! ¡Tomai Kharisaaaaá, Tomai Kharisa! Huaihuai Kharisaaaaá!...

Los perros al escuchar la voz de su ama acudieron velozmente, y viendo al extraño se lanzaron sobre él, quien a duras penas logró huir del lugar aprovechando la oscuridad. Huaihuai Kharisa y Tomai Kharisa emprendieron la persecución hasta acabar con el kharisiri.

Cuentan que el kharisiri no murió del feroz ataque de los dos perros, para salvarse se habría convertido en piedra o icho, por eso los perros olfatean las piedras y los ichos marcándolos con su orina.

El mito de los manantiales



Los hombres y las mujeres de Jacantaya vivían en los cerros de Queñalati y Paruparu, por temor a que el dios Viracocha se los lleve al fondo del lago Titicaca o los toros del lago se los coman vivos. Al transcurrir el tiempo se olvidaron de sus temores y bajaron poco a poco hacia las pampas, se

volvieron pescadores, labradores y pastores.

A inicios del siglo XX la tierra empieza a secarse por falta de lluvias, el nivel de agua del lago Titicaca baja rápidamente y en las pampas de Umuche se producen pequeños remolinos como si el agua se perdiera hacia el fondo del lago, se producen derrumbes en las orillas, escasean los alimentos, y los seres vivos estaban condenados a morir de sed y hambre.

En esta época, Valentina Mamani era una niña creyente en el Dios de los cielos, acostumbraba pastar sus ovejas en las alturas de Tampuchaca, juntaba raíces y huevecillos de las hormigas para alimentarse, cuidaba y recogía los sancayos para alimentar a sus hermanos. Cierta día, casi en la sima de Tampuchaca se recostó sobre una piedra plana y de pronto escuchó el correr de las aguas de un río debajo de la piedra, levantó a duras penas la piedra y con sorpresa vio un canal de agua con paredes construidas de pura piedra, por donde corría agua cristalina en medio de los llachus y plantas acuáticas, sintió alegría por el magnífico hallazgo tomó un poco de agua, lo volvió a tapar con la misma piedra y encima lo cubrió con los ichus. Al día siguiente los habitantes de Jacantaya se dirigieron desde muy temprano hacia las alturas de tampuchaca, buscaron el lugar y no encontraron nada. Desde entonces, se habla del canal de

agua perdido en las montañas que pasa por Viracochani, y que fue construida por el dios Viracocha para preservar la vida de los habitantes en Jacantaya que significa vivirás. El agua que fluye por este canal es del lago Titicaca, viene desde las pampas de Umuchi hasta las pampas de Tintilisa en Jipata, pasando por los cerros de Jisca Jaa, alturas de Tacasani, Tampuchaca, Viracochani, Sayhua Cunka, Queñalati, Pojena y Tintilisa. Este canal es la fuente de agua que sale por los manantiales de Tacasani, Canta Canta, Vilacacani, Pata Pata, Huancarani, Jaquepujo, Quiñaputo, Jalsu Cuyo, Llucho Uyo, Ollaraya, Millisani, Pojena y otros ojos de agua que rodean al valle de Jacantaya.

A mediados del siglo XX en la década de los cincuenta este canal de agua vuelve a reaparecer, cuando el niño Orlando Suca acompaña a su abuela a labrar la tierra en Tacasani, y al levantar una piedra plana ve el canal de agua limpia que corre hacia las alturas de Tanpuchaca. De esta hecho, se sabe muy poco por la prohibición de su abuela en no tocar ni hablar por temor al castigo de los viracochas y los espíritus de los incas, quienes hacen desaparecer y los llevan al otro mundo a los que intentan destaparlo o encontrar el canal de agua que corre por los cerros de Jacantaya. La existencia de este canal de agua es un misterio, es la fuente de vida para los habitantes del lugar.



Los abuelos y los yatiris (sabios) aconsejan no buscar ni desenterrar el canal de agua por temor a que los espíritus de los Viracochas se los lleven a un lugar sin retorno. Lo cierto es que los manantiales son fuente de vida, y en la actualidad son fuentes de agua potable para

el centro poblado y los sectores habitables de Jacantaya.

Leyenda del Viracochani



Se dice que Viracocha vivía en Jacantaya cerca del cerro Tampuchaca en una hermosa mansión con vistosos torreones llamado Viracochani, estaba ubicada sobre el barranco del Vilacacani, desde allí vigilaba las principales islas del lago Titicaca, se subía a lo alto de la montaña, se sentaba en su balsa de piedra,

para observar a los hombrecitos que habitaban en pequeñas cuevas en la cima del Queñalati y a las hermosas mujeres que vivían en la cima del Paruparu. Los hombres y las mujeres vivían en paz bajo el precepto del respeto y sin peleas, sufriendo consecuencias de muerte si no lo hacían.

Al transcurrir el tiempo los preceptos fueron quebrantados, surgieron los vicios, el orgullo, y la codicia. Viracocha al ver la maldad de los hombres se indignó y los maldijo transformándolos en piedras y otras cosas, algunos fueron tragados por la tierra y otros por el agua. Viracocha se encerró en su mansión debajo de un camuflaje de tierra rojiza, quedando oculta dentro del mismo barranco.



Desde entonces, al barranco del Vilacacani se le conoce con el nombre de Viracochani o lugar donde vive el Viracocha o caballero. Cerca de este paraje pasa un camino inca de noroeste a sureste, las personas que por extrañas circunstancias y momentos del tiempo han pasado por el lugar, narran haber visto a

un hombre alto y blanco, con su chicote y un libro en la mano, en las horas de salida o puesta del sol.

El gallo de fuego y las gallinas negras



En Jacantaya, hay un lugar misterioso en el cruce del río huancarani con el camino en herradura de Patapata a Carcatimuta, en este lugar hay dos bloques de piedra separados a unos veinte metros una del otro, a la roca que está entre el camino y el río los antiguos pobladores de Jacantaya lo

llamaban "Roca con gallo de fuego" y unos metros más abajo al otro lado del mismo río está la roca con gallina negra.

Cuentan los viajeros que en este lugar, especialmente en luna llena y en las horas de encanto sale el gallo de fuego y las gallinas negras para corretear y revolotear en círculos extendiendo sus alas, el espectáculo sobrenatural dura unos diez minutos y luego desaparecen debajo de las rocas.



El secreto es no molestarlos, de lo contrario el gallo de fuego y sus gallinas castigan a los incautos viajeros con sus alas y picotazos hasta dejarlos inconscientes.

Las heridas ocasionadas por los picotazos del gallo de fuego no tienen cura, solo pueden ser sanados por los

curanderos más experimentados.

Valentina y sus hermanos



En los primeros años del siglo XX, en la bahía de Jacantaya a orillas del lago sagrado de los Incas, Valentina y sus hermanos vivían en una choza cerca de un manantial llamado Jalso Cuyo, todos los días antes del alba salían a recoger leña hacia las montañas más altas. Cierta día se le ocurrió ir a un lugar con deformaciones misteriosas en

forma de torreones cerca del cerro Tampuchaca, recogieron bastante leña y a la salida del sol ya estaban de regreso, descansaron un momento cerca de un barranco llamado Viracochani (lugar donde vive el caballero o Viracocha).



Antonio, el mayor de los hermanos, sabiendo que existe la leyenda del misterioso lugar, y viendo una piedra plana incrustada a unos metros de altura al pie del barranco, tocó suavemente como si fuera una puerta, pronunciando las palabras: ¡Caballeroo!
¡Levántate! ¡Abre tu puerta! ¡Ya es hora! Antonio solo quería

burlarse y asustar a sus dos hermanos, pero de pronto se escuchó una voz poderosa que decía, ¡Quién me molesta a estas horas! ¡Quién! La piedra como por arte de magia empezó a moverse, en el barranco se abrió una biblioteca de oro, con una puerta de entrada a una ciudad muy hermosa; sintieron unos pasos que hacía temblar el lugar, parecía que arrastraba cadenas de plata haciendo sonar chirridos horripilantes. Valentina tenía erizados sus cabellos, parecían electrizados, les salían

rayitos de luz por toda la cabeza como el reventar de los coheteros, sus hermanos se quedaron mudos y paralizados por la misteriosa aparición, no podían hablar ni gritar, el ambiente olía a dinamita y azufre, estaban muy aterrorizados.

¡Estamos encantados! gritó desesperadamente la hermana menor de Antonio y Luis, reaccionaron de milagro y a duras penas lograron salir del lugar, corrieron cuesta abajo sin mirar hacia atrás, corrían de andén en andén, sobre piedras, espinas y los ichos, parecían enloquecidos por el miedo, sentían que los demonios les perseguían y se los querían llevar. Valentina en su desesperación oraba y oraba a Dios mientras corría detrás de sus hermanos. No saben por donde ni como llegaron hasta su casa, cerraron con aldabas las puertas y se escondieron temblorosos debajo de sus camas; sintieron mas miedo cuando alguien empujó la puerta, pero se tranquilizaron al oír la voz de su padre que los llamaba.

Lo que les había sucedido nunca fue contado, por temor a ser castigados públicamente, porque los antiguos pobladores de Jacantaya respetaban a ciertas lugares y horas de encanto.

